

LEER ADENTRO

“El respeto tiene siempre una zona irracional y oscura donde se esconde el miedo”.

SINOPSIS

Cuatro compañeros de la primaria se reúnen, ya adultos, con el objetivo de ayudar a quien fuera su maestra en la niñez cuando se enteran que quiere suicidarse. Con el fin de persuadirla de la idea, los cuatro deciden invitarla a pasar unos días en una alejada casa de campo.

PERSONAJES:

Señorita Ana

Clara

Luis

Irene

Juan

LEER ADENTRO

I

Clara._ (Entra a la casa. Recorre el lugar con la mirada, se ve en ella algo de nostalgia. Intenta reponerse. La puerta de entrada queda abierta).

Irene._ ¡Qué calor que hace!

Clara._ Ahora prendo el aire...

Irene._ ¡Acá dentro se está bárbaro! (Mira el lugar fascinada). Yo tendría que vivir en un lugar como éste.

Clara._ ¿Vos? ¿En el campo?

Irene._ Si, yo ¿por qué no?

Clara._ ¡No...vos sos un bicho de ciudad!

Irene._ ¡Por qué me agredís!

Clara._ Yo no te agredí.

Irene._ Me dijiste bicho.

Clara._ Es una forma de decir.

Irene._ ¡De decir! ¿Qué?... Que soy fea.

Clara._ ¿Qué?

Irene._ Podrías haberme dicho, por ejemplo: que “soy una mujer de ciudad” ¡Qué casualidad que no se te ocurrió! Igual, lo que más me molesta no es que pienses que soy fea, porque de hecho yo también lo pienso, sino que me lo digas, o mejor dicho que me lo digas así, de la nada.

Clara._ ¿Qué te dije? ¡Dejate de decir boludeces! Aparte vos no sos fea.

Irene._ ¡Ahí te agarré! Porque sólo se le dice a una mujer “vos no sos fea”, cuando no se le puede decir “vos sos linda”.

Clara._ Recién llegamos y ya no te aguento más.

Irene._ La que empezó fuiste vos. ¡Me dijiste bicho!

Clara._ Te dije “bicho de ciudad” y lo que quise decir es que no creo que te adaptes a la vida de campo. Ahora ocupémonos de lo importante, porque de un momento a otro va a llegar la señorita Ana y no tenemos nada preparado.

Irene._ ¿Estás segura de lo que vamos a hacer?

Clara._ No, pero lo quiero intentar. Ana es una mujer valiosa y merece otro final.

Irene._ Si, todo lo que quieras, pero si la vieja se quiere matar... viste, no sé hasta qué punto nosotras lo vamos a poder evitar.

Clara._ ¿Para qué viniste entonces? El “no” lo tenemos asegurado... ¡Qué se yo, algo se nos va a ocurrir! Aparte, tenemos el fin de semana largo, no es poco.

Irene._ Yo estoy tan nerviosa como si tuviera que rendir un examen. Mirá, me transpiran las manos y hasta tengo taquicardia.

Clara._ Yo también estoy nerviosa

Irene._ No es igual, vos no sufrís.

Clara._ Hoy estás más tonta que nunca. ¿Quién te dijo que yo no sufro? Que no lo demuestre no significa que no me sienta insegura, frágil...Lo que pasa es que al lado tuyo yo parezco más fuerte.

Irene._ Si... parecés más fuerte, más inteligente, más linda. ¡Ahora entiendo! Vos querés decir que si yo no estoy a tu lado... vos sos, como decirlo, un poco más que una mierdita. Si es así me lo deberías agradecer o por lo menos invitarme a cenar más seguido.

Clara._ ¡Dejá de hacerte la víctima! En los exámenes gracias a mí, vos rendías y avanzabas.

Irene._ ¿Yo, en qué avancé? En todo caso, terminé la primaria y la secundaria.

Clara.- ¡Te parece poco!

Irene._ ¡Dejate de joder! ¡Terminar la escuela no es garantía de nada!

Clara._ ¡Ni se te ocurra decir eso delante de la señorita Ana!

Irene._ ¡Cómo voy a decir eso! No soy boluda.

Clara._ ¿Qué pasa que no llegan? Cuando lo llamé a Luis me dijo que ya estaban en camino. ¿Les habrá pasado algo?

Irene._ Perdón, ¿escuché mal? ¿Vos no habrás invitado a pasar el fin de semana largo a mi ex?

Clara._ Obvio, Luis fue uno de nuestros compañeros en la primaria y no sólo eso; sino que fue uno de los cuatro alumnos que la señorita Ana eligió “expresamente” para pasar este fin de semana. ¡Ya hace más de quince años que te separaste, dejate de joder!

Irene._ ¡Mirá vos! Clara, tengo sed.

Clara._ Bueno, vamos a la cocina a tomar algo.

Irene._ Sed de venganza.

Clara._ Por el momento conformate con un café.

Irene._ Sólo por el momento.

(Ellas salen de la habitación riéndose. Entra Juan, aprovechando que la puerta de entrada quedó abierta. Muy desaliñado, algo sucio, empieza a curiosear el lugar. Justo en el momento en que levanta una cerámica, entra Clara).

Clara._ ¿Qué estás haciendo?

Juan._ Perdón. Yo no quise... (**Pone la pieza en su lugar**).

Clara._ ¿Por qué no golpeás la puerta antes de entrar?

Juan._ Es que estaba abierta...

Clara._ Eso que tiene que ver. No se entra a una casa sin llamar.

Juan._ Perdón.

Clara._ Quedamos en que me tenías que llamar ayer por teléfono para confirmar si aceptabas o no el trabajo.

Juan._ Es que...me quedé sin crédito y no tengo plata para cargar el celular...

Clara._ ¿Y cómo llegaste hasta acá?

Juan._ En el pueblo hice dedo, me dejaron en la ruta y el resto a pata.

Clara._ ¡Cinco km. a pie! Estás loco...

Juan._ Sí, como cuando éramos chicos. ¿Se acuerda?

Clara._ **(Hace un silencio)**. No, mejor vayamos a lo nuestro. Te pago como quedamos, por día de trabajo.

Juan._ ¿No me puede dar un adelanto?

Clara._ ¿Para qué querés plata, si aquí no la necesitás? Tenés comida suficiente y algo de ropa.

Juan._ ¿Dónde voy a dormir?

Clara._ Saliendo por la cocina, seguís hasta el final del pasillo, cruzás el patio de invierno, allí te vas a encontrar con un camino que te lleva directo a la casa: vos vas a dormir allí. Está justo a la izquierda, frente al lago, al lado del limonero.

Juan._ Si, ya sé. Conozco muy bien la casa. Es donde vivía José, su capataz.

Clara._ Desde que se murió, ese lugar está abandonado, por lo tanto vas a tener que acomodar algunas cosas y limpiarlo. Allí te dejé un listado de lo que tenés que hacer.

Juan._ ¿Por qué no me adelanta algo de lo que quiere que haga? Así voy ganando tiempo.

Clara._ ¿Qué te pasa? Estás muy ansioso. ¿Todo lo querés por adelantado? A ver si nos ponemos de acuerdo: No me hagas perder tiempo, si te dejé un listado, andá y leelo. Yo tengo demasiadas cosas en la cabeza Juan y no estoy acá para resolver tu vida, sino para ayudarte con unos pesos. ¿Está claro?

Juan._ No, bueno, a lo mejor yo no entendí, pero... que yo sepa, usted a mí no me ayuda, en todo caso me paga por un trabajo...

Clara._ ¡Si me vas a tratar así! Mejor...

Juan._ Si, ya sé, me voy. **(Se dirige a la puerta y en el momento en que decide irse entra la señorita Ana con un bastón).**

Ana._ **(Ana y Juan se miran. Ella lo observa y se acerca para verlo mejor).** Buenos días. ¿Juan?

Juan._ ¡Si! Señorita Ana (Le da un beso.) ¿Cómo me sacó?

Ana._ Cómo te reconocí, querrás decir.

Juan._ Eso...

Ana._ ¡Cómo olvidar esos ojos!

Juan. _ ¿Qué? Son ojos comunes.

Ana. _ No para mí. Gracias por estar hoy aquí.

Juan. _ Bueno yo...

Clara. _ Ana, no sé si le dije, Juancito está trabajando en la estancia.

Ana. _ (**Se dirige a Juan**). Me gustaría mucho hablar con vos.

Juan. _ Si, seguro...apenas tenga un rato libre, la invito con unos mates.

Ana. _ Que sean dulces. Y calentá mucha agua porque ando con tiempo.

Juan. _ Bueno, yo no tengo tanto, porque acá en la estancia, seguro, hay mucho trabajo, ¿vio? (**La mira a Clara**).

Ana. _ Hacé lo que tengas que hacer, por mí no te hagas problema, yo puedo esperar. Aparte, tenemos todo el fin de semana largo. Te cuento un secreto: A mi edad, tres días, es... una eternidad.

Clara. _ Juan por favor, anda a la casa del capataz y lee el listado de actividades que te dejé.

Juan. _ Si, ya voy. (**Se retira**).

Ana. _ ¿Hace mucho que trabaja aquí?

Clara. _ Si...No...Bueno, todavía no está efectivo, lo tengo a prueba.

Ana. _ ¡Qué raro! El trato que tienen, me sorprenden.

Clara. _ ¿Por qué?

Ana. _ En la escuela estaban siempre juntos, eran muy compinches, me acuerdo que vos lo querías mucho, en cambio ahora...

Clara. _ Crecimos. Juan y yo éramos muy amigos de chicos, ahora es distinto, él es mi empleado.

Ana. _ ¿Y eso que tiene que ver? Acaso, ¿está prohibido querer a un empleado? ¡Cómo pasa el tiempo! Me parece que fue ayer, que vine a esta casa. Si mi cabeza no me falla, fue tu padre quien nos invitó, a tus compañeros de grado y a mí, a festejar...

Clara. _ El día de la primavera.

Ana. _ ¿Te acordás?

Clara. _ ¡Cómo olvidarlo!

Luis. _ (**Llega con unas maletas**). ¡Clara querida!

Clara. _ ¡Luis...! ¿Dónde estabas?

Luis. _ Estacionando el auto. ¡Qué linda estás! No pasan los años para vos.

Clara. _ Gracias. (**Le saca del bolsillo los lentes a Luis, y se los pone a él**). ¿Qué decís ahora?

Ana. _ ¡Clara no exageres! ¿Qué queda para mí, entonces?

Luís. _ ¿Quién dijo que una mujer tiene que ser joven, para ser bella?

Irene. _ (**Entra Irene**). Vos, ¿o te olvidas que me dejaste por una pendeja de 20 años? ¡Señorita Ana que alegría volver a verla!

Ana. _ ¡Irene querida, siempre tan... ocurrente!

Luis. _ (**A Ana**). ¡Yo más bien diría desubicada!

(**A Irene**). Quiero aclararte algo: es cierto que te cambié por una de veinte, pero no por una mujer MÁS linda.

Irene. _ ¿Tengo que agradecer el cumplido?

Luis. _ Me parece que no me entendiste: Yo a vos no te dejé por una mujer más linda, sino por una mujer linda.

Ana. _ ¡Luis, por favor! Eso no se le dice a una dama.

Irene. _ ¡No se preocupe señorita, yo tomo las cosas como de quien vienen! Es más, tengo algo que decir al respecto.

Clara_ ¡Irene por favor, controlate!

Irene. _ ¿Y yo que hice? ¿Por qué no le decís a él que se controle?

Ana. _ Clara, ¿cuál es la habitación que preparaste para mi? Necesito dejar algunas cosas.

Clara. _ Por aquí, por favor. (**A Luis e Irene**). No se peleen.

(**Irene y Luis se quedan solos. Luis saca un cigarrillo**).

Luis. _ ¿Tenés fuego?

Irene. _ Yo no fumo.

Luis. _ Es cierto, no me acordaba.

Irene. _ ¿Seguís viviendo en el centro?

Luis. _ Trabajo, pero nunca viví en el centro.

Irene. _ Es cierto, no me acordaba.

Luis. _ Es un problema.

Irene. _ ¿Qué cosa?

Luis. _ A nuestra edad... (**Ella lo mira sin entender**), la falta de memoria.

Irene. _ A mí no me preocupa. Es más, el olvido me salva de pensar en estupideces.

Luis. _ Para mí tener memoria es una herramienta muy importante, y más importante es saber utilizarla, aunque vos...

Irene. _ ¿Qué, me estás tratando de inútil?

Luis. _ De vaga en todo caso, nunca te gustó pensar demasiado.

Irene. _ Eso es cierto, por eso estuve al lado tuyo diez años. (**Silencio**). Fue un chiste.

Luis. _ El olvido te salvó de pensar, es cierto... Pero no de decir estupideces. (**Silencio**). Fue un chiste.

Luis. _ (**Suena su teléfono celular. Luis se retira a un costado mientras Irene intenta escuchar lo que él dice**). ¡Hola Mamá!

Irene. _ (**Imita a la madre**). Hijito querido, perdoná si te molesto.

Luis. _ Para nada mamá.

Irene. _ (**Imita a la madre**). Mirá que si estás ocupado yo te puedo llamar más tarde.

Luis. _ ¡Te dije que no mamá!

Irene. _ (**Sigue imitando a la madre**). Bueno, no me grites...

Luis. _ ¿Qué querés? Dale... que no tengo tiempo.

Irene. _ (**Imitando a la madre**). Si no tenés tiempo es porque estás ocupado, ¿o acaso es que no querés hablar con mamá?

Luis. _ ¡No...no me entendiste!

Irene. **(Imitando a la madre).** ¿Cómo no voy a entenderte yo, justo yo, tu madre? **(Deja de imitarla).** ¡Esa conchuda que te parió!

Luis. **¿Qué decís?**

Irene. **(Sigue imitando a la madre de Luis).** Nada... mejor nada, yo me arreglo, como siempre sola, porque desde que se murió tu padre, estoy sola, no sé para qué tuve hijos.

Luis. ¡No te escucho nada!

Irene. **(Imitando a la madre).** Lo que te conviene no escuchas.

Luis. **(Mira el celular.)** ¡Sí, claro! Después te llamo, porque no te escucho bien, tengo poca señal. Chau. **(Cuando Luis apaga el celular está frente a Irene. Los dos se miran, se hace un silencio entre ellos. Cuando ella intenta decir algo, él se retira).**

Clara. **(Entra con Juancito).** Luís... Esperá. Aprovechemos para hablar los cuatro, ahora que Ana no está.

Irene. ¡Juancito que alegría verte!

Luis. **(A Clara).** Esa es tu amiga...puro instinto. Apenas ve un par de bolas, comienza a salivar, despues se ríe y por último se moja.

Irene. **¿Qué dijiste?**

Clara. Nada... Que no pasan los años para vos, que... estás siempre igual. **¿No?**

Juan. Es cierto, está igual.

Irene. **(Lo mira a Luís).**

Luis. Coincidimos todos, Irene está siempre igual. **(Silencio).** Inmadura, no crece.

Clara. A ver si nos ponemos de acuerdo, estamos acá para ayudar a Ana.

Juan. **¿Ustedes están seguros de que se quiere matar?**

Clara. De alguna manera cuando la fui a atender, me lo dijo: "Mi vida así no tiene sentido, aquí no tengo más nada que hacer."

Luis. Es raro, si alguien se quiere matar no avisa, lo hace directamente.

Clara. Ana no avisó, a mí me llamaron del geriátrico porque estaba muy débil y no quería comer; aparte ya casi no se levantaba de la cama: estaba totalmente entregada.

Irene. Ahora que lo decís, a veces a mí me pasa...

Clara. **¿Qué cosa?**

Irene. Esto de no poder salir de la cama. **¿Me estaré entregando?**

Clara. Sí, a la vagancia.

Luis. No seas injusta con Irene.

Juan. **¿Desde cuándo vos la defendés?**

Luis. Porque yo la conozco bien. Irene no es de las mujeres que se entregan, sino de las que se regalan.

Clara. No te voy a permitir que digas eso de mi amiga.

Irene. Dejalo hablar, así se saca la careta. **(A Luis).** Mirá querido yo con vos no me regalé, simplemente no te cobré. **(A todos).** Este boludo, así

como se muestra, tan inteligente, de la única manera que funciona con una mujer, es pagando.

Luis._ ¿Conocés algún hombre que no pague?

Juan._ Acá tenés uno.

Irene._ (A Luis). ¿Ves tonto?

Clara._ Juan, esto de no pagar por una mujer ¿es por convicción o porque no tenés un peso en el bolsillo?

Irene._ No seas tan dura.

Juan._ Dejala, si tiene razón, yo no tengo un mango.

Clara._ Perdón si te ofendí.

Juan._ No, si es cierto, yo soy pobre, lo que no quiere decir que no tenga nada para dar. ¿Qué es *concipción*?

Clara._ C-O-N-V-I-C-C-I-O-N dije; dejalo ahí...

Juan._ No, no... Yo soy bruto pero no boludo.

Ana._ (Entra a la sala).

Clara._ Si querés dejar de ser bruto, esta es una buena oportunidad, aprovecha la presencia de la señorita Ana.

Ana._ ¿Qué pasa?

Juan._ Nada.

Ana._ Tengo una sorpresa para ustedes. Juan, por favor, ¿me alcanzás esa valija?

Juan._ Sí. ¿Qué tiene acá adentro que pesa tanto?

Clara._ ¡Juan no seas indiscreto!

Ana._ ¿Qué puede haber en la valija de una maestra jubilada?

Luis._ Plata, seguro que no.

Ana._ El único hobby que tuve en mi vida está aquí dentro y tiene que ver con ustedes.

Irene._ ¡Quiero saber ya de qué se trata!

Clara._ No seas impaciente Irene, dejala hablar a la señorita.

Ana._ Gracias Clara, en realidad, gracias a todos, por compartir conmigo este fin de semana.

Luis._ Usted se lo merece.

Irene._ ¡Estoy ansiosa por ver lo que guardó de nosotros!

Juan._ Pero... ¿Hay algo de valor ahí?

Luis._ Juan quiere saber si hay algo que puede vender o hacer plata.

Juan._ No quise decir eso.

Luis._ ¡Fue un chiste Juan, no te enojés!

Clara._ Me da un poco de temor esto de volver al pasado.

Ana._ Clara, “yo soy el pasado” y si ustedes están aquí es por eso.

Clara._ De todas formas propongo tocarlo con cuidarlo.

Irene._ (Sensual). Bueno, cada uno lo toca como puede. ¿Qué me miran?
Hablo del pasado.

Luis._ ¡Te entendimos Irene! Por eso justamente, tratá de tocarlo no de manosearlo.

Irene._ ¡Qué gracioso!

Clara._ Ana, permítame una crítica: Su hobby es muy poco práctico. ¿No hubiera sido más fácil guardar fotos?

Ana._ Si, es más, tengo un montón de fotos de ustedes, pero si puedo elegir, prefiero recordar a mis alumnos por lo que hicieron. Por eso, pensé que sería una buena idea traer algo de lo que me quedó de ustedes en aquella época.

Juan._ Lo que pasó, pasó. ¿No es mejor hablar y tomar unos mates, en vez de ver que tiene ahí adentro?

Clara._ ¡Estoy totalmente de acuerdo!

Luis._ Una cosa no quita la otra, podemos tomar unos mates, charlar y ver qué guardó la señorita Ana.

Irene._ Me sumo a la propuesta de Luis.

Luis._ **(A Irene).** Estás reconociendo que soy un hombre inteligente.

Irene._ No, en todo caso estoy reconociendo que soy una mujer curiosa.

Luis._ Yo no recuerdo haber dejado nada importante.

Ana._ Es probable que no te acuerdes, porque de chico eras muy distraído, y perdías cosas todo el tiempo.

Irene._ De grande también: me perdió a mí.

Clara._ No te perdió, te dejó.

(Juan desaprueba con gestos).

Clara._ ¿Por qué hacés caras?

Juan._ Por nada.

Clara._ Decí lo que pensas.

Juan._ Yo no tengo nada que decir, como tampoco tengo mucho que hacer en esta reunión, porque con todo respeto señorita Ana, no creo que lo que yo dejé en la escuela primaria, usted hoy me lo pueda devolver. Si me permiten voy a seguir trabajando.

Ana._ No te vayas, quiero hablar con vos. ¿Me pueden dejar a solas con Juan? **(Se retiran Luis, Clara e Irene).** No fue mi intención hacerte sentir mal.

Juan._ No es usted... soy yo, siempre soy yo. ¡Y la verdad es que estoy roto las pelotas de ser yo! ¿Y sabe por qué? ¡Porque mi vida es una mierda!

(Ana intenta decir algo). ¿Qué me va a decir? ¿Que no diga malas palabras? “Juan, no digas eso... En todo caso, por qué no decir que la vida es una porquería”. No señorita, ¡mi vida es una mierda! ¡Una MIERDA! ¿Entiende lo que digo? ¿Le puedo pedir algo?

Ana._ Por supuesto.

Juan._ Diga: “mierda”. Vamos, quiero escucharla...

Ana._ ¿A dónde querés llegar Juan?

Juan._ Quiero sentir de su boca la palabra mierda.

Ana. _ ¿Para qué?

Juan. _ Es un pedido nada más. Aparte, usted me enseño que las palabras no son ni buenas ni malas, que en todo caso, dependen de lo que uno hace con ellas. ¿Entonces, qué problema hay? Diga mierda.

Ana. _ Mierda.

Juan. _ No le creo, dígala con más fuerza.

Ana. _ Mierda... ¡Mierda!

Juan. _ ¿Qué siente?

Ana. _ Incomodidad.

Juan. _ Ahora entiendo.

Ana. _ ¿Qué cosa?

Juan. _ Que su mierda no es igual a la mía.

Ana. _ ¡Juan!

Juan. _ Claro, porque para usted la mierda es sólo una fea palabra, que se puede evitar decir; en cambio para mí, es otra cosa; porque yo la siento a la mierda; tanto la siento que a mí no me da asco. ¿Me entiende? Es más, lo que pienso en el día, tiene olor a mierda, ¡mire lo que le digo! Por ahí, muy de vez en cuando me olvido, pero dura poco, porque siempre hay alguien que me recuerda que yo soy eso: lo que queda de mí, es decir: una mierda.

Ana. _ ¡Basta, por favor!

Juan. _ ¿Por qué?

Ana. _ Me incomoda todo esto.

Juan. _ Y sí, la entiendo, como también espero que usted entienda lo que yo sentía cuando me obligaba a pasar al frente y recitar de memoria las poesías.

Ana. _ No es igual, esos eran textos bellos...

Juan. _ Dichos por mí eran ridículos.

Ana. _ ¡Porque no te apropiabas de las palabras!

Juan. _ ¡Claro que no! ¡Porque no las sentía! Me quedaban...grandes, tan grandes como el guardapolvo.

Ana. _ ¿También eso me vas a reprochar? ¿Qué te haya conseguido un guardapolvo para ir a la escuela? Es cierto, te quedaba grande, pero por lo menos tenías uno como todos los demás.

Juan. _ A pesar de su esfuerzo yo nunca pude ser como los demás.

Ana. _ Eso es cierto. Vos eras mejor que los demás.

Juan. _ Yo... ¿En qué?

Ana. _ ¿Me lo estás preguntando en serio?

Juan. _ Si.

Ana. _ **(Silencio).**

Juan. _ ¿Qué pasa? Usted sola se metió en esto. ¿Y ahora cómo sale?

Ana. _ **(Lo mira, se acerca le acomoda el pelo, luego se dirige a la valija y saca entre sus cosas una hoja).** Esto es tuyo.

Juan. _ ¿Qué me dá, una hoja en blanco?

Ana. _ Fijate, tiene fecha y está firmada por vos.

Juan. _ Si no hay nada escrito, seguro que es mía. Alguna prueba, que no quise hacer.

Ana. _ Sí, es tu último examen.

Juan. _ ¿Y? ¿Para que quiero esto ahora?

Ana. _ Es tuya, vos sabrás. Por ahí, te sirve de algo recordar el día en que abandonaste la escuela.

Juan. _ ¡Otro momento de mierda!

Ana. _ Mirá Juan, (**Lo conduce hasta la ventana**).

Juan. _ ¿Qué?

Ana. _ Allí, abajo del limonero. ¿Qué ves?

Juan. _ Nada... lo único que hay es bosta de caballo.

Ana. _ Es desagradable, ¿no? pero nutre a la tierra.

Juan. _ ¿Y eso que tiene que ver?

Ana. _ Todo se puede transformar y hasta este recuerdo, como vos decís "de mierda" (**le señala la hoja**) puede servir todavía, para cambiar algo.

Juan. _ Ya es tarde.

Ana. _ La posibilidad de aprender no tiene fecha de vencimiento. Por favor, llevame la valija a mi habitación.

Juan. _ (**La para antes de que ella salga**). ¿En qué soy mejor que los demás?

Ana. _ De ninguna manera voy a responder bajo presión, aparte, tenemos todo el fin de semana largo, ¿no te parece?

(Él agarra la valija y los dos salen de la habitación. Entra Clara, camina despacio por la habitación, la recorre con la mirada y se detiene al llegar a la ventana. Allí se queda contemplando el paisaje. **Entra Irene**).

Irene. _ ¿Qué pasa que hay tanto humo?

Clara. _ Lo mismo me pregunto yo.

Irene. _ No me puedo sacar de encima este olor... ¡Detesto el campo!

Clara. _ ¿Cómo, no eras vos la que quería vivir en el campo?

Irene. _ Cambié de opinión, ¿y qué?

Clara. _ Así, tan simple. Hace un rato, me dijiste...

Irene. _ ¡Por favor Clara! ¿Es un delito cambiar?

Clara. _ No podés ser tan... Inconsistente. Y eso te pasa porque no hay profundidad en lo que decís.

Irene. _ ¿Creés que soy frívola?

Clara. _ No siempre, pero la verdad es que muchas veces me pregunto: ¿Por qué te quiero tanto?

Irene. _ ¿Tengo que pensar como vos para ser tu amiga? Lamento decirte que a esta altura del partido, no va a poder ser.

Clara. _ Que lástima...

Irene._ Lástima siento yo por vos. Mucha profundidad, mucha coherencia...pero aburrís. ¡Sí, hace rato que me aburrís! ¡Mirate, estás siempre igual! Muy prolja, muy profesional, muy medida. ¿Para qué? Si al final, estás tan sola como yo.

Clara._ ¿Quién te dijo que yo estoy sola? Que no tenga pareja estable no significa que esté sola. Tengo mi casa, mi carrera y un montón de razones...

Irene._ **(La interrumpe).** Que usás para defenderte.

Clara._ ¿Yo?

Irene._ Sí, vos. Y siempre son las mismas, porque tenés miedo. Por eso no cambiás.

Clara._ No lo necesito.

Irene._ Porque en vez de una cabeza tenés una armadura, que se defiende con ideas oxidadas.

Clara._ ¿Qué te pasa? ¿El humo te afectó al cerebro?

Irene._ Sí, puede ser, a lo mejor me movilizó las neuronas.

Clara._ Estás exagerando.

Irene._ ¿Lo decís por el humo?

Clara._ No, por tus neuronas. ¿Desde cuando tenés más de una?

(Las dos se ríen).

Irene._ No che, hablando en serio, hay mucho humo. ¡No se puede respirar!

(Entra Juan).

Clara._ Juan, ¿por qué hay tanto humo?

Juan._ Esto tenía que pasar. Lo mejor va a ser que cierre todas las ventanas y prenda el aire.

Irene._ ¿Qué cosa tenía que pasar?

Juan._ La sequía, la falta de agua, hace un montón que no llueve. ¡Encima el viento!

Clara._ Igual, estoy segura de que esto fue provocado.

Irene._ ¿A quién se le puede ocurrir semejante barbaridad?

Clara._ A los empleados de las estancias. Están enfurecidos porque con la sequía se hace difícil pagar los sueldos y como acá no dan resultado los piquetes, prenden fuego al campo. No entienden nada. ¿Qué podemos hacer nosotros, los dueños de las estancias, frente a la sequía?

Luis._ Una idea podría ser prender fuego al campo.

Clara._ ¿Qué decís?

Luis._ Es una manera práctica de desviar la atención, tener a la peonada entretenida con el fuego y ya que está, mandar mensajes de humo al gobierno para que envíe subsidios. ¿Redondo, no?

Clara._ Mirá Luis, entiendo que para sobrevivir en Capital Federal tuviste que tener mucha imaginación, y más, siendo abogado laboralista y con dos

hijas que mantener, pero bueno, relajate. Acá en el campo no necesitás inventar expedientes para vivir. ¿Me entendés?

Luis._ Lo que entiendo es que no puedo respirar. (**Tose sin parar**).

Irene._ ¿Todavía seguís con el asma? ¿No trajiste el aparato?

Luis._ No lo encuentro, lo busqué por todos lados. Aparte lo que menos me imaginé es que podía tener problemas de bronquios en medio del campo.

Irene._ El tema no es el humo, reconocelo Luis, cuando a vos te agarran estos ataques es porque estás asustado.

Luis._ ¡Claro que lo estoy! Si me estoy intoxicando con el humo es porque hay fuego. ¡Fuego, boluda! (**Tose**).

Juan._ ¡Che, pará, no grités!

Luis._ Es que me saca.

Irene._ Clara, me extraña de vos, que habiéndote criado en el campo no tengas en cuenta los efectos de la naturaleza.

Juan._ En eso la flaca tiene razón. Los humanos somos muy hijos de puta y nos creemos los dueños de la tierra, por eso la naturaleza hace esto, se defiende de nosotros. ¡Estoy de acuerdo con vos Irene!

Irene._ Perdón Juan, pero cuando yo digo naturaleza, quiero decir otra cosa, hablo del instinto: Alguna parejita por ahí, en el bosque cogiendo y fumando, mucho descontrol, una chispa trae la otra y cuando te querés dar cuenta, ya es tarde...El fuego es así, no espera, ¿viste?

Clara._ Tu opinión, más que una mirada de la realidad parece una campaña de preservativos.

Irene._ En todo caso, la mía es una lectura romántica de la realidad.

Luis._ ¡Dejate de joder! .Sólo en tu cabeza, un gran polvo puede provocar un incendio forestal.

Ana._ (**Entra a la habitación**). No quiero preocupar a nadie, pero les digo que si están haciendo asado, se está quemando.

Juan._ No Ana, el humo viene del bosque, se ve que se incendió algo.

Clara._ Ya prendimos el aire, y cerramos todo, quédese tranquila.

Luis._ El tema es que hay mucho viento.

Juan._ Viene del sur. Y por la oscuridad, seguro que va a llover.

Luis._ Voy al auto, ya vengo.

Irene._ Está desesperado porque no encuentra el aparato del asma.

Ana._ Seguro que está en el auto, porque cuando veníamos, paró por lo menos dos veces en el viaje, para inhalarse.

Juan._ En la escuela, ¿se acuerdan?, dos por tres le agarraba el ataque. ¡Y la madre que quilombo que hacía!

Clara._ Sí, cuando ella llegaba, en vez de calmarlo lo asustaba más.

Ana._ Me preocupa Luis. ¡Cómo depende de ese inhalador!

Irene._ Tampoco le echemos toda la culpa al aparatito del asma, al final de cuentas es el único que lo aguanta; es más, es con el único que pudo armar un vínculo profundo, estable y duradero.

Clara._ No se puede hablar en serio con vos. (**A todos**). Si me disculpan, voy a hacer unos llamados telefónicos para saber de dónde diablos viene tanto humo.

Juan._ Yo voy a pegar un vistazo afuera.

(**Irene y Ana quedan solas en la habitación**).

Irene._ ¿Quiere que prepare unos mates?

Ana._ Ahora no, prefiero que hablemos un poco.

Irene._ Mire, se me pone la piel de gallina.

Ana._ ¿Por qué?

Irene._ Cada vez que usted me decía: “hablemos un poco”, era porque yo me había mandado una cagada.

Ana._ Eso fue hace mucho.

Irene._ Si, fue hace mucho, pero igual algunas cosas no cambian, por ejemplo, yo a usted la sigo viendo con esos ojos.

Ana._ ¿Cómo me ven esos ojos?

Irene._ Muy grande.

Ana._ Vieja.

Irene._ No, grande. Ahora que lo pienso, yo no me la imaginé a usted nunca siendo chica, jugando como lo hace una nena. Por eso siempre le tuve miedo. Me acuerdo que en la escuela, muchas veces quise dibujarla y no podía... y eso que yo me defendía muy bien dibujando.

Ana._ En eso estamos de acuerdo: “te defendías dibujando” y sino mira esto. (**Saca una carpeta grande verde**).

Irene._ ¡Mi carpeta de dibujos! No lo puedo creer. ¿Y esto qué es?

Ana._ Estos son los dibujos que hacías en la hora de matemáticas.

Irene._ ¿Por qué los guardó?

Ana._ Porque son tuyos.

Irene._ Si, pero usted se enojaba cuando me agarraba dibujando.

Ana._ No. Yo me enojaba cuando lo hacías en la hora de matemáticas. No es lo mismo. Entre nosotras, acepto que no me hayas pensado nunca como una nena, pero de ahí a dibujarme como si yo fuera una bruja, ¿no te parece un poco exagerado?

Irene._ Le juro que yo no lo hacía para burlarme de usted, al contrario yo la admiraba.

Ana._ No me mientas: ¡Esta es una bruja con escoba!

Irene._ ¡No! Es una maestra con un puntero en la mano, que se transforma en bruja cuando da clase de matemáticas.

Ana._ Irene...

Irene._ Cuando dibujaba sentía lo mismo que cuando salía al recreo: ¡Cómo me gustaba! Qué bien dibujaba, ¿no? Pero dejé, como tantas cosas...

Ana._ ¿Por qué?

Irene._ ¡Qué se yo! ¿A quién le importa la nota de dibujo, en un boletín de calificaciones? (**Silencio**). Ana, ¿qué otra cosa tiene de mí, aparte de esta carpeta? Digo, algo más valioso...

Ana._ ¿Más que estos dibujos? Irene, me parece que no estás pudiendo ver...

Irene._ Es el humo, señorita Ana, que entre paréntesis me está matando, no puedo tragar. Necesito tomar algo. ¿Preparo unos mates?

(Ana asiente con la cabeza, en ese momento entra Luis). ¿Encontraste el inhalador?

Luis._ No. Me lo debo haber dejado en el baño de la estación de servicio, cuando paramos a cargar nafta.

Irene._ Ana, tengo una duda: ¿Qué hubiera hecho usted, si en la hora de dibujo me encontraba haciendo ejercicios de matemáticas?

Luis._ Buscar un termómetro y tomarte la fiebre.

Irene._ (A Luis). Vos no te metas. (A Ana). ¿Me hubiera retado y sacado la hoja? (**Silencio**). Voy a preparar el mate.

Ana._ Irene, ¿te enojaste?

Irene._ No. ¿Por qué?

Ana._ Me siento una nena, a la que mandan al rincón a pensar.

Irene._ No fue mi intención...

Ana._ Igual, gracias. Me gusta saber que a esta edad, todavía me puedo sentir una nena.

(Suena el celular de Luis).

Luís._ (Atiende). ¡Hola! (...) Sí, ¿qué querés? (...) ¿Y yo que tengo que ver? Si la nena desapareció y no la encontrás por ningún lado, es porque no la cuidaste bien. (Ana se retira y lo deja sólo hablando por teléfono). (...) ¡Me gusta que te pase esto! A ver si de una vez por todas te ponés las pilas y te ocupás, de lo que te tenés que ocupar: de criar a tu hija, que para eso te paso plata. (...) ¡No me cambiés de tema! Aparte, si no te hice el depósito este mes es porque esperaba justamente esto, que me llamés por teléfono. (...) ¡Y...Sí! Es lo único que te hace mover el culo, la cuota por alimento. ¡No todo es plata en la vida, querida! Y esa chica me preocupa. (...) ¡Estoy hablando de nuestra hija, boluda! Todo el día sin hacer nada, frente a la computadora y come, come, come, es una termita y acordate lo que te digo hoy, si esta piba sigue así, no la va a querer nadie, por gorda. (...) ¿Cómo qué en tu casa no come nada? Entonces, ¿para qué pediste un reajuste por alimento? Te contradecís. (...) ¡No me mientas! Tu abogado me notificó ayer en tribunales. Mira... (...)

(Ella le corta. El enojado amaga tirar el teléfono, se arrepiente y llama).

(Entra Juan).

Juan._ Se viene la tormenta.

Luis._ (A él). ¿Te parece? (Grita al teléfono.) Mirá hija de puta a mí no me cortés. (...) ¿Qué? (...) ¿Y yo con quién hablé recién? (...) Bueno, me confundí de Liliana, marqué mal. (A Juan) ¿Podés creer que mis dos ex, se llaman igual? (Al teléfono, Justificándose.) Si te confundí es porque cuando me pedís plata me ponés la misma voz de pito que la otra conchuda. (...) ¿Qué? (...) ¿Y cuándo cumplió años la nena? (...) ¿Y por qué se lo festejaste? (...) ¡Ya sé que porque cumplió años, boluda! Te estoy preguntando otra cosa. ¿Por qué se lo festejaste sin mi autorización? (...) ¿Y el psicólogo qué se mete? (...) Entonces, la fiesta que se la pague él. No sé para qué la mandás al psicólogo. (...) ¡Yo nunca dije que la nena estaba gorda! En todo caso la veo un poco rellena, qué se yo. (...) ¿Y qué querés, que le ponga un candado a la heladera? (Le corta).

Juan._ ¿Cuántos hijos tenés?

Luis._ Dos mujeres: una de trece y otra de seis. ¿Vos tenés? (Mientras habla marca un número de teléfono).

Juan._ Sí, seis.

Luis._ ¿Nunca pensaste en cortártela?

Juan._ No.

Luis._ Yo sí. (Al teléfono). ¡Hola! ¡Ni se te ocurra cortármela! (Se sorprende del lapsus, lo mira a Juan, ambos se ríen). (...) Escuchame... (...) Lo que pasa es que hubo un mal entendido, te confundí con la otra conchuda. (...) ¡Déjá de insultarla!

(A Juan). Podés creer que hace un año que me separé de esta mina y todavía me sigue celando con la que me separé hace 6.

(Habla con ella por teléfono). Déjá de competir con los muertos y decime de una vez por todas ¿qué pasó? (...) ¿Cómo desapareció? ¿Y vos dónde estabas? (A Juan.) Lo que ésta tiene de lenta (señala el teléfono), la otra lo tiene de ligera. Igual, ninguna de las dos sirve para mierda.

(Al teléfono). (...) ¡Yo no puedo! (...) No sé. ¿Y la policía qué dice? (...) Es que no puedo. (...) Estoy varado en el medio del campo. (...) ¡Y a vos qué te importa! (A Juan). ¡Lo único que me faltaba! Me pide explicaciones a mí, cuando es ella la que pierde a la hija en el shopping. (A ella.) No sé, pero más te vale que la encuentres. (...) ¿Quién te amenaza? Te recuerdo que vos y yo tenemos un juicio por tenencia, y acabás de perder a “mi” hija; eso es muy grave y hay testigos. (...) Sí, te paso con uno. (Le da el teléfono a Juan). Tomá, hablale.

Juan._ No. ¿Qué le digo?

Luis._ Que vas a declarar en su contra.

Juan._ Hola, soy Juan, mirá yo... (Se saca el teléfono del oído. Y se dirige a Luis.) Me está reputeando.

Luis._ Dame. (Le agarra el teléfono). Perdiste a tu hija, estás descontrolada, y encima agrediste verbalmente a un testigo: Preparate porque te voy a hacer mierda en el juicio. (...) Lo vas a tener que

demonstrar. (...) A mí no me importa nada. Ya te lo dije mil veces: cuando está conmigo, es mi hija; cuando está con vos es tu hija. (...) No sé, resolvelo sola. Chau.

Juan. _ ¿Y si la secuestraron?

Luis. _ La devuelven al toque, porque la pendeja es insopportable. Con decirte que yo nunca la tengo un fin de semana entero: me agota tanto, que después necesito por lo menos un día para reponerme.

Juan. _ ¿Qué vas a hacer?

Luis. _ Seguir buscando el aparato del asma. ¡Necesito aire y encima este humo!

Juan. _ ¿Y si le pasó algo?

Luis. _ La “pendeja” está más segura perdida en el shopping, que con la madre. ¿Por qué te pensás que quiero la tenencia?

Juan. _ Estás re-loco

Luis. _ ¿Yo? Vos estás re-loco, ¿para qué tuviste seis hijos?

Juan. _ Vinieron, qué se yo, pero a mí no me molestan, al contrario me gustaría mucho vivir con ellos.

Luis. _ ¿Los seis viven con la madre?

Juan. _ Menos el más grande, podríamos decir que sí.

Luis. _ No te entiendo.

Juan. _ Es que tuve seis hijos con seis mujeres distintas.

Luis. _ ¡Seis ex! Explicame, ¿cómo se sobrevive a seis divorcios?

Juan. _ Es que nunca me casé.

Luis. _ ¡Lo bien que hiciste! Igual te la debo, mantener a seis pibes... ¿Vos los mantenés?

Juan. _ No. Es que yo no puedo, porque menos el más grande, los demás viven lejos: Tengo cuatro varones en el sur, de la época en la que yo trabajaba de minero en Río Negro y una nena brasilera que vive con la madre en el norte de Bahía. Casi no los veo, pero nos hablamos por teléfono cuando se puede, ¿viste?

Luis. _ Bueno, por lo menos tenés al más grande cerca.

Juan. _ Si, lo visito seguido. Está preso en Devoto.

Luis. _ Ah!

(Entra Irene con los mates).

Irene. _ ¿Me parece a mí o hay menos humo?

Juan. _ Es que paró el viento. Che Luis, mirá que se viene la tormenta, lo mejor va a ser que metás el auto en el galpón; digo por si cae piedra.

Luis. _ Necesito una farmacia urgente.

Juan. _ Para eso vas a tener que ir al pueblo.

Luis. _ Ya lo intenté, pero me tuve que volver porque la ruta está cortada, por el humo.

Juan. _ En cualquier momento se larga...

Irene._ Al final, vinimos a pasar un fin de semana de campo y no podemos salir de acá dentro.

Luis._ Necesito pensar en otra cosa.

Irene._ ¿De qué estaban hablando?

Juan._ De los hijos.

Irene._ ¡Me interesa el tema!

Luis._ Porque no tenés, por eso te interesa.

Irene._ ¡Siempre tan agresivo!

Ana._ Luis, ¿mirá lo que encontré en la valija? (**Luis se acerca a Ana y esta le entrega una caja**).

Juan._ (**En un rincón le comenta a Irene**). Está nervioso porque parece que una de sus hijas se perdió en el shopping.

Ana._ Es tu caja de juguetes, abrila.

Luis._ (**Mira lo que hay adentro con detenimiento**).

Ana._ Si la querés, es tuya.

Luis._ No, gracias.

Irene._ ¡Luis!

Ana._ Perdón, pensé que te gustaría recuperar esta caja, es un recuerdo de la primaria, de tu niñez.

Luis._ Un triste recuerdo.

Juan._ Mirá... ¡El auto rojo! ¡No lo puedo creer! Una sola vez me lo prestaste y fue porque te gané tres partidos al metegol.

Luis._ Te lo regalo.

Ana._ Luís, mi cabeza a esta edad me hace trampas y muchas veces me confundo, pero no quiero mentirte: yo te recuerdo contento en el salón de clase, con esta caja, jugando...

Luis._ Jugando solo, todo el tiempo. No sé si recuerda, también, señorita Ana que, usted me daba esta caja llena de juguetes para que yo me quede en el salón, mientras todos mis compañeros salían al recreo.

Ana._ ¡Porque estabas enfermo! Y yo tenía que seguir las indicaciones de...

Luis._ Mi madre. ¡Como para que no me falte el aire! (**Agitado**).

Ana._ ¿Querés que te vaya a buscar un vaso con agua?

Luis._ No, gracias.

Juan._ Lo que él necesita es el aparato del asma.

(**Entra Clara**).

Clara._ ¿Qué pasa?

Irene._ Luis, no se siente bien.

Clara._ ¡Con tanto humo, como para que no te haga mal a los bronquios! De todas maneras, les cuento que recién hablé con un oficial de la policía y me dijo que ya están notificados del incendio, lo que significa que...

Juan._ (**La interrumpe**). La tormenta va a llegar antes que ellos, como siempre, yo los conozco bien.

Clara._ No era eso lo que iba a decir, pero... No importa. Luis, ¿cómo podemos ayudarte?

Irene._ Quedate tranquilo, todo va a salir bien. Estoy segura de que tu hija va a aparecer, de un momento a otro.

Clara._ ¿Cómo?

Luis._ **(Busca la mirada de Juan).**

Irene._ Está angustiado, porque desapareció una de sus hijas en un shopping y es entendible...

Luis._ ¿Qué es entendible?

Juan._ Loco, perdoname si dije algo que no debía, pensé...

Luis._ Vos, ¿pensaste?

Irene._ No te la agarres con Juan, fue un comentario para que nosotras podamos entender el por qué estás así.

Luis._ ¡Estoy así por el asma, y por este humo de mierda! Mi hija no se perdió, porque conoce de memoria el shopping, vive en frente. En todo caso, la boluda de la madre no la encuentra: que no es lo mismo.

Juan._ Bueno, loco, pará....

Luis._ ¿Por qué en vez de hablar de mi hija no hablamos de tus hijos?

Juan._ ¿Qué?

Luis._ ¿Cómo, qué? Si hay alguien que perdió a sus hijos, ese fuiste vos, no yo.

Juan._ ¿De qué hablás?

Luis._ ¿No me dijiste recién, que al único hijo que ves, es al más grande, el que está en la cárcel? Que los otros cinco están lejos y no te ocupás, **(Irónico)** obvio, porque no podés, porque no tenés medios: como siempre.

Ana._ Así no Luis. Agresiones no, por favor.

Luis._ Parece que entramos en el túnel del tiempo, como cuando éramos chicos, ¿se acuerdan? Juan escupía, pegaba, no traía la tarea, pero a la señorita Ana, no le toquen a Juancito.

Irene._ ¿Qué decís? Al que siempre apañaba era a vos; porque con el pretexto de que estabas enfermo, hacías lo que querías.

Clara._ **(A Irene).** Vos sos la menos indicada para hablar.

Irene._ ¿Por qué?

Luis._ ¡Y todavía preguntás por qué!

Clara._ Te la pasabas paseando todo el tiempo.

Irene._ ¡Dibujando!

Clara._ Lo cierto es que no prestabas atención en clase y la señorita Ana estaba horas explicándote, consintiéndote, en vez de dar tema nuevo. ¿O te olvidaste?

Juan._ ¡Ya salió la traga!

Clara._ ¿Vos qué te metés?

(Ana, mientras ellos discuten comienza a buscar algo dentro de la valija, saca un títere y lo deja a un costado y sigue buscando).

Irene._ **(A Clara).** ¡Lo vas a echar porque te dice la verdad?

Juan._ Reconocé que eras la preferida.

Clara._ **(Se dirige hacia dónde está el títere).** Yo era la mejor alumna, no la preferida. **(Se lo pone en la mano).**

Juan._ ¡Vamos! ¡Dejate de joder! La seño te tenía allá arriba.

Irene._ Hasta que aparecía Ñeca.

Ana._ ¡Mejor no me hagas acordar!

Luis._ ¿Quién es Ñeca?

Ana._ ¡Si me habrás hecho renegar Clara, con ese títere de porquería!

Irene._ ¡A todos Ana, a todos! Hacete cargo nena **(a Clara)** usabas a Ñeca para decir las peores cosas.

Clara._ **(Jugando con el títere).** ¡Para decir verdades!

Irene._ Con eso de que Ñeca había sido hechizada y condenada a decir la verdad, nos jodías la vida a todos.

(Ana encuentra un disco viejo y se acerca al tocadiscos).

Luis._ Yo no me acuerdo.

Irene._ Estaba segura que ibas a decir eso.

Luis._ ¿Por qué?

Irene._ Por dos razones: primero, porque nunca te gustó que te digan las verdades y segundo, porque te olvidás de lo que te conviene.

Juan._ Yo tengo un lindo recuerdo de ella.

Ana._ ¿De quién? ¿De Clara o de Ñeca?

Juan._ **(Silencio).**

Irene._ **(Se acerca).** Ñeca, tenés olor a encierro.

Ñeca._ Y vos tenés olor a vieja. **(Todos se ríen).**

Irene._ Ñeca, ¿extrañaste a nuestro compañero Juan?

Juan._ **(Se dirige al títere).** No te meta conmigo, yo sé por qué te lo digo.

Ñeca._ ¿Qué? ¿Es una amenaza? Miren al angelito negro como se defiende.

Luis._ ¡Sí, te decíamos angelito negro!

Irene._ Cariñosamente, por el chocolate.

Ñeca._ ¡Porque es negro, decí la verdad!

Ana._ Clara, ¡por favor! Me arrepiento de haber traído ese títere.

Clara._ Al contrario hizo muy bien, porque Ñeca es mía.

Irene._ Decile a “tu Ñeca” que le pida disculpas a Juan y ya está.

Clara._ Es que no lo va a hacer porque “ella” **(Señala al títere)** es muy mala.

Juan._ **(A Clara).** Vos sos Ñeca, vos sos muy mala.

(Comienza a sonar la canción del JACARANDÁ de María Elena Walsh. Las caras de Juan, Clara, Irene y Luis se transforman y uno a uno empiezan a cantar: se ríen, bailan como lo hacían en la escuela.)

Juan._ **(Mira por la ventana, llueve intensamente).** ¡Y se largó nomás!

II

(Es de noche, sigue lloviendo y no hay luz. La casa esta iluminada con algunos faroles a kerosene).

Clara._ **(Mirando por la ventana).** La verdad, es que si hubiera sabido de este temporal, no hubiera propuesto venir al campo.

Luis._ ¡Relajate Clara!

Clara._ Es que me siento responsable.

Irene._ ¿Responsable de qué? ¿De que llueva torrencialmente?

Juan._ **(Se sonríe).**

Clara._ ¿De qué te reís?

Juan._ ¡Cómo no me voy a reír! Querés controlar todo, hasta el tiempo.

Luis._ ¿Se siente bien Ana?

Ana._ Sí, ¿por qué?

Luis._ La noto muy callada, ¿en qué piensa?

Ana._ En el tiempo.

Juan._ Y esto no es nada, en cualquier momento cae granizo.

Ana._ No hablo de ese tiempo Juan, sino del que pasó entre nosotros.

Clara._ Cuánto, ¿no?

Luis._ ¡Y cómo pesa!

Clara._ Eso depende.

Luis._ ¿Depende de qué?

Clara._ De la vida que uno lleva.

Irene._ A mí el día se me va volando y lo peor es que cuando me quiero dar cuenta, ya pasó y no hice nada.

Luis._ ¡Por fin te escuché decir algo coherente!

Irene._ ¿Qué dije?

Luis._ Acabás de reconocer públicamente que perdés el tiempo en boludeces.

Irene._ Nunca lo negué, es más, ¿Por qué pensás que me casé con vos? Porque pierdo el tiempo en boludeces.

Clara._ ¿Pueden dejar de pelearse, aunque sea por un rato?

Juan._ No creo.

Ana._ Yo tampoco.

Irene._ ¡Es él el que empieza! En la escuela hacía lo mismo y después por su culpa, terminábamos los dos en la dirección.

Clara._ ¡Eso ya pasó Irene!

Ana._ ¡Ay chicos...Chicos! Nunca pensé que volverlos a ver me iba a afectar tanto.

Luis._ ¿Y eso es bueno o malo?

Ana._ Para mí es raro, porque mi cabeza no para y se llena de imágenes. Y cuando me quiero dar cuenta estoy en otro tiempo, en otro lugar. Es como revivir, porque los veo a ustedes jugando, riéndose, peleándose, con la misma inocencia. Me perdí.

Irene._ Estaba diciendo que...

Ana._ **(Interrumpe).** Se perfectamente lo que estaba diciendo.

Luis._ ¿Qué tiene de malo recordar?

Ana._ Supongo que nada.

Juan._ ¿Entonces?

Ana._ A mi edad no es lo mismo recordar que revivir. Me da vértigo ir hacia atrás, me mareo, me debilito mucho y después me cuesta volver. Siento la cabeza un poco pesada, necesito estar un rato en silencio.

Juan._ **(Se acerca a Ana y la acaricia, ella lo mira y se emociona).**

Ana: _ ¡Ves lo que conseguiste! **(Trata de alejarlo).**

Juan _ ¿Qué le pasa?

Ana: _ No sé, es que...Me quema...

Clara: _ ¿Dónde?

Ana: _ **(Intenta señalar y no puede).** No sé, es adentro. Por favor, no lo tomen a mal, estoy un poco sensible y necesito estar un rato sola, para ordenar mi cabeza.

Juan._ Ana, perdóneme yo no quise...

Ana._ **(Interrumpe).** No tengo nada que perdonarte, al contrario tengo mucho que agradecerte a vos, a Irene, a Luis, a Clara; a los cuatro, por haberme regalado este fin de semana.

Clara._ ¿Qué pasa, ya se quiere ir? Le recuerdo que el fin de semana todavía no terminó.

Ana._ Tenés razón querida y todavía falta lo mejor. Estoy segura.

Clara._ Juan, por favor ¿por qué no acompañás a la señorita Ana hasta la habitación?

Ana._ Gracias, todavía puedo sola.

Irene._ ¡No sea arisca y déjese acariciar un poco!

Ana: _ No me subestimes Irene, si hay algo que aprendí con los años es la diferencia entre quien me toca y quien me acaricia. De mis cinco sentidos ese es el único que todavía funciona muy bien. ¡Ah! **(Saca un libro entre sus cosas).** Irene, esto es tuyo

Irene._ ¡No lo puedo creer! ¡SUPER LUISITO! ¿Se acuerdan?

Juan._ No.

Ana._ Había un concurso de Arte y a Irene no se le ocurrió mejor idea que crear un super héroe en forma de historieta para...

Luis._ **(Interrumpe).** Para burlarse de mí.

(Ana los mira con cariño y se retira).

Irene._ ¿Qué decís nene?

Luis._ La verdad. Super Luisito era una caricatura mía. ¿O no?

Clara._ En todo caso una copia de la serie hijitus¹ de García Ferré.

Irene._ Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia...

Luis._ ¡Déjate de joder! Hiciste una caricatura de un chico que cuando inhalaba se transformaba en un super hombre y volaba.

Irene._ ¿Y qué?

Luis._ ¿Cómo y qué? ¡El único que inhalaba y volaba pero de fiebre en la escuela era yo!

Irene._ Bueno, la consigna del concurso era transformar un hecho cotidiano. Y en ese momento, en la escuela, lo más cotidiano eran tus ataques de asma, entre otros males. ¿Qué culpa tengo yo?

Luis._ ¿Sabés lo que demuestran estos dibujos en forma de historieta?

Irene._ Sí, que yo a los doce años era una nena con mucha imaginación y mucha creatividad

Luis._ Ese es tu punto de vista, el mío es que a los doce años ya eras rebuscada y jodida.

Irene._ ¿Por qué no ves el lado bueno de las cosas?

Luis._ ¡Por favor! ¿Qué puedo rescatar de estos dibujos de mierda?

Irene._ Mi amor, eso podés rescatar. Mi amor por vos.

Luis._ ¿Hacer una caricatura de un chico enfermo te parece un acto de amor? ¿Te das cuenta que es como yo digo? Fuiste y sos una mina rebuscada.

Juan._ Tan poco es para tanto, Luís...

Luis._ Esto es entre ella y yo, vos no te metas.

Irene._ A lo mejor tenés razón, porque sólo una nena “rebuscada” puede transformar a un chico débil, enfermo y por sobre todo resentido en un super héroe de historieta.

Luis._ ¿Te lo tengo que agradecer? ¡Por favor Irene! Mirá estos dibujos y pensá un poco.

Irene._ ¿Qué tengo que pensar?

Luis._ Estás todo el tiempo haciendo de la realidad una caricatura. Mirame cuando te hablo. (**Silencio**). ¿Qué hacés con el dolor? (**Silencio**).

(**Suena el teléfono de Luis**). ¡Hola! ¿Qué pasó? (...) ¡Hace horas que estoy intentando comunicarme con vos y tenés el celular apagado! (...) ¿Dónde estaba? (...) Me lo imaginé. En vez de retarla, deberías pensar por qué, dos por tres, perdés a tu hija en el Shopping. Dame con ella. (**Irene sale de la habitación**). ¡Hola mi amor! (...) ¿Cómo estás? (**Se retira hablando por teléfono**).

Clara._ (**Mirando por la ventana**). ¡Cómo llueve!

Juan._ ¿Podemos hablar?

Clara._ Lo estamos haciendo.

Juan._ ¿Qué es lo que querés de mí, Clara?

¹ Personaje de ficticio de historietas. Apareció por primera vez en 1955 en la revista Pi-Pio y Billiken.

Clara. Simple: te contraté para trabajar el fin de semana en la estancia.

Juan. ¿Y cuál es mi trabajo?

Clara. Ya lo hablamos: algunas tareas de maestranza, nada de mucho esfuerzo. Aparte me pareció que podía ser una buena oportunidad, reencontrarte con nosotros, tus compañeros de la primaria y con la señorita Ana, que tanto te quiere y que pidió expresamente que no faltes a la reunión.

Juan. ¿Y quién paga por esto?

Clara. Yo, obviamente, pero como te dije por teléfono pago por día de trabajo.

Juan. No me entendiste, ¿quién paga por esto? Y no hablo de trabajo.

Clara. ¿Y de qué hablás entonces?

Juan. ¿Me estás cargando? De las cortadas de rostro que me estoy comiendo desde que llegué. Te adelanto que eso tiene otro precio.

Clara. A ver si te entendí: Primero aceptaste el trabajo, después te acercaste a la señorita Ana, dando lástima -como lo hacías en la escuela- y cerrás el círculo como cualquiera de tu condición.

Juan. ¡Decilo! Condición de pobre, ¿o hasta la palabra pobre te de asco?

Clara. Seguís siendo un...

Juan. **Interrumpe).** ¿Un qué? ¡Vamos decílo, “un qué”! (**Silencio**). ¿No te animás?

Clara. No me provoqué... Porque me vas encontrar.

Juan. Eso es lo que quiero desde que llegué. ¡Encontrarte! Y no puedo... A lo mejor es porque vos estás muy arriba.

Clara. O porque vos estás muy abajo. ¿No?

Juan. Cuidado Clara, mirá que te podés caer.

Clara. Y vos te podés hundir.

Juan. ¡Más! No, imposible, hace rato que toqué fondo.

Clara. ¿Y cómo lo sabés?

Juan. Porque todo me chupa un huevo.

Clara. Sos un ordinario. Con vos no se puede hablar.

Juan. Espera. ¡Tomá! (**Le tira el títere y ella lo agarra en el aire**.)

Clara. ¿Qué hacés?

Juan. Quiero hablar con Ñeca.

Clara. ¿Qué?

Juan. Como cuando éramos chicos y nos enojábamos. Vos no me hablabas, pero Ñeca si.

Clara. No metamos a Ñeca en esto.

Juan. ¿Por qué?

Clara. No te conviene, yo sé por qué te lo digo.

Juan. ¿Es una amenaza?

Clara. En todo caso una advertencia. No te olvidés que Ñeca está condenada a decir la verdad.

Juan. Justamente por eso quiero hablar con ella. (Al títere). Neca ¿Te acordás como nos divertíamos?

Neca. (Silencio).

Juan. ¿Y cuando nos escondíamos detrás del mástil, en el recreo largo? Me acuerdo que el que llegaba último, tenía que pagar con una prenda.

Neca. Siempre eras vos el que llegabas último.

Juan. Sí, es cierto.

Neca. Se ve que ya de chico tenías alma de perdedor.

Clara. Neca es así: dice la verdad.

Juan. (Le corre el títere y se dirige a Clara). ¿Qué verdad? Yo te dejaba ganar. ¿O te olvidaste quién era el mejor en la hora de gimnasia? Aparte, vos siempre me dabas la misma prenda. Tenía que llevarte el portafolio desde la salida de la escuela hasta la puerta de tu casa. Eso no era nada terrible.

Neca. ¡Era humillante! Todos los chicos se burlaban y te gritaban cosas.

Juan. (Corre suavemente el títere y se dirige a Clara). Porque ellos no sabían lo que significaba para mí, “perder con vos” detrás del mástil.

Clara. ¿Qué?

Juan. Estar un rato más juntos, caminar ocho cuadras hasta tu casa.

Clara. Muy lindo todo, pero se ve que eso no te alcanzó, porque un día llegué y vos ya estabas detrás del mástil. Lo que significó que...

Juan. (Interrumpe). Tuviste que pagar con una prenda.

Clara. Me obligaste a darte un beso.

Juan. Neca, ¿yo la obligué?

Neca. (Silencio. Clara le tapa la boca a Neca con la otra mano).

Juan. Fue hermoso.

Neca. Tan hermoso que durante los dos últimos meses de séptimo grado el único objetivo que tenía en la escuela, era estar allí, detrás del mástil en el recreo largo.

Juan. Entonces, ¿por qué esta distancia?

Neca. Te fuiste.

Juan. De la escuela.

Clara. De mi vida. (Se le cae el títere).

Juan. Muchas veces pensé en buscarte.

Clara. Pero no lo hiciste.

Juan. Es que no pude.

Clara. ¿Por qué?

Juan. ¡Qué se yo! Sentí que todo me quedaba grande: vos, el guardapolvo, la escuela.

Clara. ¿Y aquel beso?

Juan. También me quedó grande.

Clara. A los dos nos quedó grande. Bueno, teníamos 11 años, éramos demasiado chicos para tanto placer. Igual fue hermoso.

Juan. _ Muy hermoso.

Clara_ ¿Será por eso que me sentí sucia?

Juan. _ ¿Sucia?

Clara. _ Sí, el placer me hace sentir sucia.

Juan. _ ¿Siempre?

Clara. _ No, sólo cuando se van y me abandonan.

Juan. _ Perdoname.

Clara. _ Ya pasó.

Juan. _ **(Toma la mano dónde ella tiene el títere, la acaricia).** Ñeca, tengo una duda. Si aquel beso nos quedó grande porque éramos chicos, ahora que somos grandes...por ahí, digo, no sé...

Neca. _ ¿Qué?

Juan. _ Eso... ¿Vos qué pensás?

Ñeca. _ Que sos un boludo. **(El humillado, baja la cabeza y Clara se la levanta y le da un beso en la boca. De golpe, se prenden todas las luces de la casa. Ellos se miran).**

Luis. _ **(Entra a la sala).** ¡Volvió la luz! ¡Por fin!

Clara. _ **(Intentando reponerse).** Te digo que tuvimos suerte, porque acá en el campo cuando llueve, dos por tres se corta la luz.

Luis. _ ¡Es terrible!

Juan. _ No es para tanto.

Luis. _ Es que yo estoy todo el tiempo forzando la vista y como tengo mucha sensibilidad, necesito buena luz.

Irene. _ **(Entra con Ana).** Lo que vos necesitás es dejar de hacerte el pendejo y cambiar la graduación de los lentes. Tanta sensibilidad, ¿para qué? Aprendé de Ana. ¡Con los años que tiene y vieras como lee todavía, con la luz de un farol!

Ana. _ ¡Lo que nos hemos reído con “las aventuras de super Luisito”! ¡Es increíble la imaginación que tiene esta mujer!

Irene. _ Que tenía y no es para tanto. **(A Luís).** ¡Agradecé que no gané el concurso! Porque con todo el material que yo tengo acumulado de tus desventuras con el aparatito ese del asma, te digo que, ¡otra que la zaga de Harry Potter hubiera escrito!

Juan_ ¡De la que te salvaste Luís!

Luis. _ **(A Irene).** ¿Supongo que habrías compartido conmigo las ganancias?

Irene. _ ¿Cómo? ¿Y qué hacemos con el daño moral y con esto de que yo soy jodida y rebuscada?

Luis. _ Todo se puede resolver cuando hay buena voluntad entre las partes. Además, no te olvides que yo soy un hombre sensible.

Clara_ **(Toma el títere y habla desde él).** ¡Sensible a la plata!

Luís. _ A la negociación, que no es lo mismo.

Irene. _ Por algo será que el destino no quiso que yo gane ese concurso.

Ana._ No fue el destino Irene y aunque ya pasó mucho tiempo me parece justo que sepas por qué tu trabajo nunca llegó al concurso de Arte de la Municipalidad.

Clara._ Apuesto lo que quieran, que Irene lo entregó fuera de término.

Irene._ (**Señalando a Clara**). Les presento a una amiga.

Ana._ No. Irene cumplió con todos los requisitos.

Luis._ ¿Y entonces?

Ana._ Estábamos en la sala de maestros, reunidos con la directora y lo que recuerdo es que el trabajo de Irene fue sin dudas el que más llamó la atención, tanto que tuvimos que quedarnos después de hora para resolver que hacer con él.

Juan._ ¿Por qué tanto lío, si la historieta y los dibujos eran buenos?

Ana._ Por el contenido ideológico.

Luis._ ¿Qué?

Ana._ Es que super Luisito era un chico que se transformaba en un super héroe “cuando inhalaba”. Según la directora esto iba a ser mal visto por los miembros del jurado y por las autoridades de la municipalidad y no sólo eso, sino que podía perjudicar la imagen de la escuela, ya que la historieta -según ella- incentivaba al consumo de drogas.

Irene._ ¡No lo puedo creer! “Mi Luisito” censurado por adicto.

Luis._ ¿De qué te reís Irene? A mí no me causa ninguna gracia.

Irene._ Luís, reconozco que estuve mal en hacer de tu problema con el asma una historieta. ¡Éramos chicos! Yo nunca pensé que podía generar esto.

Clara_ Irene, vos eras capaz de generar eso y mucho más. ¿Te olvidás el día que sacaste del laboratorio de la escuela un murciélago y lo largaste en la hora de matemáticas, para no hacer la prueba?

Irene._ El que llevó el murciélago al aula fue Juan, no yo.

Juan._ Porque vos tenías miedo a agarrarlo, pero la idea fue tuya.

Luis._ (**señala a Irene**). ¡Por tu culpa todo el grado tuvo que hacer el tratamiento contra la rabia!

Irene._ Fue ella la que le dijo a la directora que el murciélago nos había mordido a todos. (**Señala a Clara**).

Clara._ ¡No digás boludeces! Yo fui a la dirección angustiada a preguntar si era posible -con una mordedura de murciélago- transformarse en vampiro. No es lo mismo.

Irene._ ¡Hacete cargo Clara, vos siempre fuiste traga y botona²!

Clara._ No nos vayamos de tema.

Irene._ Sí, te conviene.

Clara._ Ana, ¿Y usted qué le dijo a la directora?

² Buchona, delatora. Persona que le cuenta a la autoridad el delito o acto ilegal que otra persona cometió.

Ana. _ Que me parecía injusto dejar a Irene fuera del concurso, porque yo sabía muy bien, del esmero y de la dedicación que ella había puesto en ese trabajo y porque además, su creación artística estaba lejos, muy lejos de semejantes interpretaciones.

Clara. _ Y la directora, conociéndola, claro, sostuvo su posición.

Ana. _ No, ella cedió frente a mi pedido.

Juan. _ ¿Entonces?

Ana. _ Fui yo, quien a último momento tomó la decisión de no presentar el trabajo de Irene.

Irene. _ ¿Por qué?

Ana. _ Tuve miedo.

Juan. _ ¿A qué?

Ana. _ A pensar distinto que la directora. Yo sé que puede parecer tonto esto que digo, pero a mí me pesaba su mirada.

Clara. _ ¡Ana, a todos nos pesaba!

Juan. _ Porque era una araña venenosa.

Luis. _ Sí es cierto, pero imponía respeto.

Ana. _ Lo dijiste bien, “imponía respeto”. Frente a ella no había opción. No sé cómo lo hacía pero con sólo mirarme lograba desarmarme. Con ella aprendí que *“el respeto tiene siempre una zona irracional y oscura, donde se esconde el miedo.”*

Luis. _ Eso ya pasó y la directora ya no está.

Ana. _ Pero quedó su sombra, por lo menos en mí y no me deja, no me deja. Por eso, estoy aquí, con ustedes. Necesito irme de este mundo más liviana.

Clara. _ ¿Qué podemos hacer por usted?

Ana. _ ¡Más! No querida, soy yo la que tiene que hacer. Soy yo la que tiene que sacarse de encima esa sombra que me llenó de miedo. Y quiero empezar por el principio: pidiéndoles disculpas.

Juan. _ ¿Por?

Ana. _ Yo no fui la maestra que quise ser. El miedo me condicionó y cometí muchos errores.

Clara. _ Ana, está exagerando.

Irene. _ Para nosotros usted fue la mejor.

Juan. _ Por eso estamos hoy acá.

Ana. _ No sé por qué están ustedes, pero sí sé por qué yo estoy aquí. Y no van a convencerme tan fácilmente porque hace mucho que vengo madurando todo esto, es más, no hago otra cosa desde que me jubilé. Es doloroso, muy doloroso pero mi trabajo docente fue incompleto y mediocre.

Clara. _ ¿Qué dice Ana? Usted, no sólo era reconocida por la directora, sino también por la comisión de padres, por el plantel docente, hasta recibió premios del ministerio de educación, ¿es cierto o no?

Ana. _ Sí, porque hacía siempre lo que ellos querían; eso no tiene nada que ver con ser “una maestra de verdad”. Lamentablemente me equivoqué, y lo hice todo el tiempo, porque sacrificaba lo que yo “intuía” por hacer lo que “debía”. Y fue el miedo -una vez más el miedo- el que transformó a mi trabajo docente en *“un borrador al que nunca pude pasar en limpio”*. Lo terrible de todo esto es que no sólo me frustré yo, sino que los arrastré a ustedes, mis alumnos. Y lo estoy comprobando en este fin de semana, en este encuentro.

Luis. _ ¿Tan mal nos ve?

Ana. _ No a ustedes, sino lo que hice “con ustedes”, que no es lo mismo.

Irene. _ Si es por mí, relájese, yo no creo que mi vida hubiese sido mejor por el solo hecho de participar en un concurso de la municipalidad.

Ana. _ No se trata de eso, es mucho más profundo. Yo no te estimule, eso es lo que me reprocho. No quise ver tus condiciones para el dibujo, porque estaba demasiado preocupada en cumplir con el programa de clase. Fui una egoísta, pensé en mí, por eso te pido disculpas.

Irene. _ Le agradezco las disculpas, pero la realidad es que yo no hice nada para ser una artista.

Clara. _ Ana, ¿no le parece un poco omnipotente creer que el éxito personal de sus alumnos dependen de lo que usted les enseño en la primaria?

Luis. _ Además, existen diferentes historias, diferentes personas, diferentes resultados, y si no mire a Clara, a ella le fue muy bien y también fue alumna suya, ¿qué me dice? ¿También a ella, entonces, le va a pedir disculpas?

Ana. _ Clara era una alumna brillante que no necesitaba demasiado trabajo de mi parte, porque aprendía fácilmente y sin embargo yo la usaba todo el tiempo para lucirme con ella y reforzar mi ego. El precio que pagó Clara fue muy alto, porque no tenía opción: debía ser la mejor.

Clara. _ Es cierto que yo me sentía muy exigida, pero no sólo por usted sino también por mí.

Irene. _ Tampoco eras una víctima, reconocelo. ¡Bien que te gustaba ser la mejor!

Clara. _ (señala a Irene). Les presento a una amiga.

Luis. _ Un poco envidiosa.

Irene. _ Muy envidiosa y a mucha honra.

Clara. _ Ana, de todas formas yo siento que usted conmigo fue muy objetiva, incluso, recuerdo que cuando me agarraba jugando con Ñeca en clase, más de una vez me sancionó y me retó.

Ana. _ Ese fue mi mayor error.

Clara. - ¿El retarme?

Ana. _ No. Separarte de ese títere, que te humanizaba y que te permitía salir del lugar de nena perfectita. Clara, yo no te dejé jugar y lo que es peor

aún, nunca quise escuchar “*tus verdades*”, esas que sólo te animabas a decir a través de ese... Títere inmundo.

Luis._ ¿Por qué está tan empecinada en descalificar su trabajo como docente?

Ana._ Estoy empecinada en enfrentar la verdad, que no es lo mismo, cosa que debería haber hecho hace mucho tiempo. Por distintas razones, que ahora no vienen al caso, siempre fui una mujer temerosa al punto de hacer daño, mucho daño.

Luis._ Está exagerando.

Ana._ ¡Justamente vos Luis me decís que exagero! ¡Vos que fuiste la persona más dañada!

Luis._ Yo, ¿Por qué?

Ana._ Cada vez que te enfermabas tu madre entraba en un remolino de miedos y me arrastraba y yo lejos de ser objetiva y cautelosa, acataba, por las dudas. Más de una vez te dejé sin recreos -teniendo la convicción de que no era necesario- para no confrontar con tu madre ¿Eso no es dañar?

Clara_ En todo caso un daño menor, porque no olvidemos que había un diagnóstico médico. Usted no sólo acataba las órdenes de la mamá de Luis sino también las del pediatra. Digo esto Ana, porque sino estamos negando la realidad: la salud de Luis siempre fue muy delicada y debía y debe ser tratada. Hablando de eso, ¿cómo estás?

Luis._ Mejor, desde que paró el humo o cambió el tiempo... ¡Qué se yo! Cada vez que me agarra el ataque de asma, siento como si tuviera adentro un animal herido o un alien³ que se apodera de mí. Igual, cambiemos de tema, porque ahora estoy bien; no despertemos al monstruo, por las dudas.

Juan _ Al final yo se la hice más fácil Ana, digo, por lo menos a mí no me tiene que pedir disculpas.

Clara._ ¡Lo único que faltaba, que te pida disculpas a vos!

Ana._ Cuando Juan abandonó la escuela yo me sentí triste, muy triste, pero al mismo tiempo aliviada.

Juan._ ¡Esa no me la esperaba!

Ana._ Sí, porque me llevabas al límite todo el tiempo y para serte sincera Juan, yo no sabía más que hacer con vos. No me servían las recetas ni de la directora, ni del magisterio; ni siquiera las del ministerio de educación. Me hiciste pensar mucho y estudiar mucho.

Juan _ El que tenía que estudiar era yo, digamos la verdad, y no me gustaba.

Ana._ Juan, me diste la oportunidad de ser una maestra de “verdad” durante casi un año y la desperdí, pero lo más terrible es que no sólo yo perdí, sino también vos. Por eso te pido disculpas.

Juan._ No sé que decirle Ana. Esto es raro para mí.

³ Es una palabra latina, significa extranjero, extraño.

Ana._ ¿Qué cosa?

Juan._ Que alguien me pida disculpas. No estoy acostumbrado. Igual, se lo agradezco porque está bueno esto de sentir las disculpas de alguien, aunque sea una vez en la vida, pero le soy sincero Ana, yo no me la creo. No sé cómo decirlo, para mí la vida pasa igual con disculpas o sin disculpas y uno tiene que seguir, aunque sea a los tumbos. Hay que seguir.

Ana._ Depende, en lo que a mí respecta más que seguir yo necesito terminar, bien o mal, pero terminar. Vuelvo enseguida, permiso. (**(Sale de la habitación)**.

Juan._ Che, acá entre nosotros, me parece que todo lo que estamos haciendo es al “dope⁴”. Por como viene la mano, la vieja seguro se mata.

Irene._ Sí, yo pienso igual.

Clara._ Para mí no está decidida.

Luis._ Está tomando impulso, si no se mata acá, se mata en el geriátrico.

Clara e Irene._ ¡Qué sea en el geriátrico!

Luis._ Shhh!! ¡A ver si escucha!

Clara._ La verdad, es que si me pongo en su lugar, la entiendo. Dedicarse de lleno a una vocación y fracasar debe ser terrible.

Juan._ Ana está vieja y piensa mucho. Es como decía mi abuelo: “la peor compañía de un viejo es la memoria”. Me acuerdo que mi abuela lo cagaba a palos cuando él le decía eso.

Clara._ ¿Por qué?

Juan._ Porque sólo lo decía cuando estaba borracho.

Luis._ Che, ¿no saben si Ana tiene hijos?

Clara._ Hasta donde yo sé, tuvo uno y dicen que se lo mataron por problemas gremiales. Me lo dijo una enfermera del geriátrico

Luis._ ¿Lo oculta?

Clara._ No. No habla del tema.

Irene _ Y sí... Sola, vieja y sin hijos. Te tira para abajo.

Luis._ (**A Irene**). Mirate en ese espejo, porque vos vas por el mismo camino. ¿Vés? Hubieras tenido un hijo conmigo ahora estarías entretenida.

Irene._ Sí, entretenida en tribunales, haciendo la cola detrás de tus ex.

Luís._ Tengo una duda Irene, ¿vos no quisiste tener hijos o no quisiste tener hijos conmigo?

Irene._ Nene, sino recuerdo mal, vos te fuiste y me dejaste por una pendeja. ¿A qué viene esa pregunta?

Luis._ Quiero saber si sos una mujer con suerte o una mujer inteligente.

Irene._ No voy a contestarte.

Luis._ ¿Por qué?

Clara._ Sos un desubicado Luis, esa es una pregunta que está fuera de lugar.

⁴ Sin sentido.

Irene. _ De lugar y de tiempo.

Clara_ hablando de tiempo, ¿qué estará haciendo la señora que no viene?

Juan. _ Che, ¿y si la ayudamos de verdad a Ana?

Irene. _ ¡Y qué estamos haciendo Juan!

Juan. _ No, no me entendieron. Lo que quiero decir es ayudarla a terminar, a...

Luis. _ (**Interrumpe**). Decilo, a matarse.

Juan. _ Suena fuerte dicho así.

Clara. _ ¡Juan, me extraña de vos!

Luis. _ Si Ana realmente se quiere ir de este mundo, se lo tiene que ganar, como todo en la vida, ¿no les parece?

Irene. _ No tengo que pensar en eso, no...

Clara. _ Irene, por favor, te conozco...

Irene. _ Teniendo en cuenta que es nuestra señorita de la infancia, por qué no, jugar al veo-veo proponiendo siempre objetos cortantes, para que se incentive, digo y tome coraje.

Clara. _ Tonta, a la señorita Ana le gustan otros tipos de juegos.

Irene_ Por ejemplo...

Luis_ ¡La búsqueda del tesoro!

Juan. _ En el galpón vi que hay veneno para las ratas...ese podría ser un buen tesoro a la hora de querer matarse.

Irene. _ (**Le alcanza el títere a Clara**). ¡Neca, qué pensás?

Neca. _ Tiene que ser algo más intelectual, más elaborado.

Luis. _ Podría ser por ejemplo un concurso de preguntas y respuestas; por cada pregunta bien contestada suma -en vez de puntos- pastillas para intoxicate.

Clara. _ ¡Basta! No me parece bien, burlarse de ella en un momento así.

Luis. _ Bueno, no está mal ponerle un poco de humor a la noche.

Clara. _ Más que humor yo diría morbo.

Irene. _ Aflojate un poco Clara. ¡Por favor!

Juan. _ (**Sin percibir que Ana está entrando a la habitación**). Por más vueltas que le demos, si la señorita Ana se quiere matar, ¿qué podemos hacer nosotros?

Ana. _ Nada.

Juan. _ ¡Señorita Ana!

Clara. _ Lo que Juan quiso decir es...

Ana. _ (**Interrumpe**). Clara, escuche perfectamente lo que dijo.

Luis. _ Entonces que le parece si hablamos del tema.

Ana. _ ¿De qué quieren hablar?

Clara _ De lo que ya sabemos todos. Voy a ser directa Ana. Si yo fui al geriátrico es porque me llamó una persona que trabaja allí y me contó que usted estaba muy triste, desmejorada y...

Ana. **(Interrumpe).** ¿Qué tiene de raro que una anciana se encuentre triste y desmejorada?

Clara. A mí, me dijeron que usted estaba muy mal y que necesitaba ayuda en forma urgente.

Ana. Yo necesitaba que vengas y pensé: "Para una médica no hay nada más urgente que un enfermo", es por eso que la empleada del geriátrico te llamó. Es mi responsabilidad, ella no tiene nada que ver. Reconozco que fue un poco exagerado, pero me quise asegurar tu visita.

Luís. ¿Nos mintió?

Ana. Insisto, exageré, que no es lo mismo. Porque en parte, es cierto, yo estoy triste y tengo muchas razones para querer irme y desaparecer de este mundo.

Irene. Entonces, ¿pensó en suicidarse?

Ana. ¡En tantas cosas pensé en este tiempo! ¿Qué puedo hacer más que ir hacia adentro? Igual, me entretengo, porque estoy aprendiendo a leer. Sí, ahora que no hay padres, ni hijos, ni mandatos que cumplir estoy aprendiendo a leer mi propia vida y aunque les parezca mentira, todavía me sorprende.

Clara. Ana, no contestó lo que le preguntó Irene. Usted, ¿está pensando en suicidarse?

Ana. Muchas veces. **(Silencio).** Lo que no significa que lo haga. Por ahora estoy ocupada en otras cosas. Como por ejemplo compartir este fin de semana con ustedes. Acá entre nosotros, si yo no hubiera pronosticado mi muerte con suicidio incluido, ¿ustedes estarían aquí, hoy, conmigo? **(Silencio).** No perdamos tiempo, necesito pedirles un último favor.

Luis. La escuchamos.

Ana. Como ya les dije, yo siento que mi trabajo como docente fue incompleto y no me parece justo que por el solo hecho de estar jubilada tenga que darlo por terminado. ¡Soy una maestra y voy a seguir siéndolo hasta el día en que me muera!

Irene. Me mareó, no le entiendo.

Clara. ¡Dejala, que no terminó la idea!

Ana. José Reyes – no sé si lo recuerdan - un ex alumno, de una promoción anterior a la de ustedes, trabaja en una fundación que se ocupa de chicos disléxicos.

Juan. ¿Y eso que es?

Clara. Es un trastorno en la lectura que imposibilita comprender correctamente.

Ana. Hablando con José de su trabajo en la fundación se me ocurrió un proyecto en el que yo podía unir mi amor por la lectura y mi experiencia como docente.

Juan. ¿Y?

Ana. ¡Le encantó!

Clara. _ ¡Buenísimo! Y nosotros que podemos hacer, más que felicitarla.

Ana. _ Es que sola no puedo. Necesito por ejemplo un encuadre legal, para el proyecto; es por eso que pensé en vos Luis. También necesito un acompañamiento de alguien que me explique algunos temas médicos, para que yo pueda complementarlos con mi conocimiento pedagógico y la primer persona que vino a mi cabeza, fuiste vos Clara.

Irene. _ Yo puedo cebar mate.

Ana. _ También, pero más me gustaría que le des a mi proyecto ese toque creativo y alegre que siempre tenés. Digo, pensalo.

Juan. _ Che, me parece que el que va a cebar mate voy a ser yo.

Ana. _ Si tenés ganas, acepto, pero te necesito para otra cosa.

Juan. _ ¿Para qué? ¡Justo yo que ni siquiera pude terminar la primaria!

Ana. _ No pudimos: vos como alumno ni yo como docente. Necesito superar ese límite.

Juan. _ ¿Cómo?

Ana. _ Una manera puede ser, no sé, digo...

Juan. _ Sea directa Ana.

Ana. _ Yo te ayudo a terminar la primaria y vos me ayudás a recuperar mi práctica docente. Necesito entrenamiento porque hace mucho que no trabajo. Aparte, puedo conseguirte por medio de José un sueldo, siempre y cuando quieras trabajar conmigo como colaborador. No me contestes ahora, pensalo. (**Mira al grupo**). ¿Qué pasa?

Clara. _ ¡Ana querida! Conociéndola, debería habérmelo imaginado.

Irene. _ ¡Qué energía tiene, por Dios! Si yo estuviera en su lugar aprovecharía para descansar todo el tiempo.

Luis. _ Perdón, vos, ¿descansar todavía más?

Irene. _ Sí, ¿por qué? ¿Tenés alguna acotación que hacer?

Luis. _ Mirá Irene, hasta donde yo sé, vos no trabajás. Vivís de los departamentos alquilados que te dejó tu viejo.

Irene. _ Administrar también es trabajo, nene...

Luis. _ ¡Déjate de joder!

Irene. _ Yo no te voy a permitir que...

Clara. _ (**Interrumpe**). ¡Basta Irene!

Irene. _ ¿Por qué te la agarrás conmigo si es él el que me busca?

Ana. _ (**Va hacia la ventana**). ¡No lo puedo creer hay luna llena!

Clara. _ Me parece a mí, ¿o eso que se ve es humo?

Irene. _ ¡Con todo lo que llovió y todavía hay humo!

Juan. _ (**La mira a Clara**). El fuego es así, rebelde, no se apaga fácilmente.

Irene. _ ¡Qué linda está la noche!

Luis. _ ¡No es la noche! Es la luna que hace linda a la noche.

Clara. _ ¿En qué piensa Ana?

Ana. _ En mi padre. Cada vez que miro al cielo y hay luna llena pienso en mi padre y es mágico, porque cuando pienso en él, recupero fuerzas y me

siento menos sola. Siempre es igual, pase lo que pase, “**dentro mío**” siempre es igual.

FIN

Aclaración: “**dentro mío**” es una expresión rioplatense un modismo que se usa mucho en Argentina y Uruguay.

Según la Real Academia Española se debería decir: “**dentro de mí**”.